

FILOSOFÍA

Cruz GONZÁLEZ-AYESTA, *La verdad como bien según Tomás de Aquino*, Eunsa, Pamplona 2006, 388 pp., ISBN 84-313-2347-7.

Este libro es una muestra estupenda sobre cómo estudiar a los clásicos desde la actualidad misma de las disputas diarias que tienen lugar en las revistas especializadas y, a la vez, de cómo afrontar los problemas teóricos a los que nos enfrentamos cada día desde una profunda perspectiva clásica que aporta un horizonte metafísico y antropológico verdaderamente digno de tenerse en cuenta. El título del libro es sumamente preciso, pero por esa misma razón no permite por sí mismo alcanzar a intuir lo que se encierra en esas páginas.

La mención de los trascendentales puede hacer pensar que se trata de una investigación metafísica. Y es cierto que se trata de eso. Pero si se advierte que la verdad y el bien son trascendentales relativos, se puede enseguida advertir la dimensión antropológica que hay detrás de esta investigación. Así pues, metafísica y antropología se dan la mano pero no directamente, sino a través de una investigación epistemológica que conecta de manera explícita los actuales desarrollos con la mejor herencia tomista.

La investigación comienza delineando los desarrollos contemporáneos sobre el conocimiento como creencia verdadera justificada, desde un horizonte que supera la contraposición entre internalismo y externalismo. De ese modo, la misma esencia del conocimiento se pone en conexión con los sentidos del ser enunciados por Aristóteles. Así se alcanza una perspectiva desde la que formular una propuesta sobre el mismo ser de la verdad para continuar con el establecimiento de una teoría sobre la verdad del ser. Desde ahí se está en condiciones de afrontar de nuevo la cuestión de la justificación. Pero esto no se puede hacer sencillamente, sino que es preciso distinguir entre la primera y la segunda intermediación, lo inmediatamente recibido por los sentidos y la verdad inmediata de los primeros principios accesibles a nuestra inteligencia. En estas páginas se revela uno de los frutos que se obtienen de la comparación con los clásicos: la formulación del concepto de virtud cognoscitiva y de hábito intelectual. Se trata de piezas teóricas claves que permiten enlazar metafísica y antropología a través de la epistemología y que tiene su culmen en el concepto de intelecto agente. Se alcanza de este modo un armonioso equilibrio que aporta muchas luces para el desarrollo de la pregunta filosófica fundamental acerca de quién es el ser humano.

No puede restarse importancia a la capacidad que muestra la autora para afrontar las discusiones más actuales y variadas sin perder el hilo fundamental del discurso. Porque estas páginas hablan de la perfección humana, especialmente de la perfección intelectual de los seres racionales que alcanzan la verdad, de la plenitud que podemos lograr con el ejercicio mismo de nuestras facultades porque la verdad es el fin de la actividad propia de un ser racional, y es finalmente la verdad un bien humano porque sólo guiados por el amor a la verdad los seres humanos podemos alcanzar la felicidad. Se trata, en consecuencia, de una lectura muy recomendable.

Enrique R. Moros

Dietrich VON HILDEBRAND, *Moralidad y conocimiento ético de los valores*, Cristiandad, Madrid 2006, 217 pp., ISBN 84-7057-516-3.

El texto que Ed. Cristiandad acaba de ofrecer, en el seno de su Biblioteca Filosófica «El carro alado», es una cuidada traducción —la primera en español— realizada por el prof. Juan Miguel Palacios del escrito con el que Hildebrand obtuvo su Habilitación. Se trata, pues, de uno de los primeros trabajos de este conocido fenomenólogo, que le ganó merecidamente el aprecio de sus maestros (E. Husserl, A. Reinach, M. Scheler). Su contenido fue publicado en el volumen 5 del fundado por Husserl *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, en 1922.

Verdaderamente, la conjunción de las influencias de los maestros mencionados dan una idea cabal de la actitud filosófica de este filósofo. De Husserl aprendería el método fenomenológico que le permitiría escapar de todo empirismo y relativismo; su amistad con Scheler le

orientó decididamente a los problemas éticos; y quedaría para siempre marcado por la intención realista y la ambición metafísica y religiosa de Reinach.

El problema inicial de la investigación no es otro que el viejo dilema socrático de la relación entre el conocimiento de lo moralmente bueno y la bondad moral del sujeto. Es decir, el círculo a que parece conducir el hecho de que para ser moralmente bueno hay que saber cómo se debe obrar, pero para saber cómo se debe obrar es preciso, a su vez, ser moralmente bueno. Ya esta cuestión atrajo la aguda mirada de Aristóteles, pero en Hildebrand, al retomarla, adquiere una profundidad insospechada, sacando a la luz no pequeños descubrimientos antropológicos y psicológicos.

De esos hallazgos, acaso el mayor y más fundamental estriba en el reconocimiento de la profundidad que posee la vida psíquica humana. Gracias a ello, el autor describe y jerarquiza (cap. III) diversos estratos, desde lo que llama la «actitud fundamental» hasta las intenciones más periféricas y superficiales; o, con otra terminología, el plano de lo actual y el de lo sobreactual o habitual. Precisamente esos diferentes niveles permitirán salir satisfactoriamente del círculo socrático (cap. V): cuando se habla del ser bueno previo al conocimiento moral y del conocimiento moral necesario para ser bueno, se habla de conocimiento y de ser en niveles diversos.

Las enseñanzas psicológicas y antropológicas que afloran bajo esa luz son, como se puede imaginar, densas y ricas. Entre ellas el autor extrae magistralmente dos, referidas a sendos problemas morales cuya palmaria realidad ha provocado a veces, curiosamente, su orillamiento. Se trata de dos auténticas piedras de escándalo de la ética, y quizá por ello